

TÍTULO: *La hija del espantapájaros*

AUTOR: Maria Gripe

COLECCIÓN: El Barco de Vapor – serie Roja

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Los dedos de Loella estaban rojos de frío. A cada rato tenía que dejar la cesta en el suelo para frotárselos y calentarlos un poco.

No era fácil descubrir las setas entre tantas hojas. Y más, ahora que estaba terminando el otoño y apenas si quedaban. Aunque rebuscó obstinadamente, encontró sólo un puñado.

Se iba haciendo de noche y las sombras crecían, cada vez más oscuras, entre los árboles. Era un paisaje triste. Las hojas ya no brillaban como antes y no eran ni amarillas. Se estaban volviendo marrones.

La lluvia caía lenta y pesadamente. Noviembre.

Se incorporó ciñéndose la chaqueta para abrigarse mejor. En el fondo de la cesta había sólo unas pocas setas empapadas. No eran suficientes y aguzó la vista buscando más. Tal vez... algo más allá...

No, eran piedras húmedas. Pero allí... sí, allí había setas. No muchas, pero algo es algo. Ahora tenía que recoger leña para el fuego.

Se estaba haciendo de noche muy de prisa. Y la lluvia seguía cayendo.

Su pelo chorreaba. Se lo apartó de la cara con un movimiento impaciente. Le caía sobre los ojos cada vez que se inclinaba. Lo tenía muy largo, espeso y negro. Y era cierto, como decían, que se enroscaba como serpientes sobre su espalda.

Oh, si... Sabía perfectamente lo que decía de ella la gente del pueblo. Pero no la molestaba. Que gritaran ¡Malos Pelos! a su paso, si les apetecía. Nadie conseguiría hacerla enfadar.

Después de todo, Malos Pelos no era un apodo estúpido. Sonaba a algo peligroso, que daba miedo, y eso le gustaba. No le preocupaba en absoluto que los demás no quisieran nada con ella. Mejor, así los mantenía a distancia.

Ella tampoco los podía aguantar. En algo, al menos, estaba de acuerdo. No era más que una banda de viejos locos y santurrones, lo sabía perfectamente.

Y tampoco ignoraba que su carácter era terrible. ¡Pero qué remedio! No conviene ser demasiado blanda cuando una vive sola en el bosque con dos hermanitos que cuidar. Su carácter fuerte le ayudaba a combatir las penas y las dificultades. De repente despedía fuego y azufre... y así ahuyentaba las calamidades. Luego todo marchaba bien de nuevo.

Ese día, especialmente, una buena tormenta se preparaba en su interior. Sus ojos echaban chispas y tenía el ceño fruncido. Con una especie de furia lunática recogía ramas secas del suelo y las iba echando en un montón.

Después se detuvo un momento para remangarse la chaqueta: Era de su madre, de color verde, y a Loella le quedaba tan grande como un abrigo.

Miró desafiante a la oscuridad, entre los abetos. La lluvia trazaba líneas paralelas en el aire.

'El primero de noviembre', dijo de repente en voz alta. Arrugó aún más el ceño y sus ojos se pusieron tan negros como dos motas de hollín. Mamá había dicho octubre. Había prometido volver para octubre, a más tardar, seguro...

Su cólera estalló. Llevaba un collar largo, de cuentas rojas, que su madre le había dado. Se lo arrancó de un tirón y con él azotó el aire produciendo un sonido silbante.

-¡Es una vergüenza! ¡Un engaño! -gritó dando una furiosa patada al montón de leña. Sus ojos centelleaban.

-¡Estas cosas tan feas no se hacen...!

Pronto se calmó. Un momento antes estaba pálida y helada. Ahora sus mejillas se habían puesto encarnadas, sentía calor en todo el cuerpo y rebosaba energía, como si una pequeña máquina hubiera recargado sus baterías.

Se frotó la nariz enérgicamente con la manga del jersey y farfulló, dirigiéndose a sí misma con tono de reprimenda:

-¡Luz negra, flor venenosa, nido de culebras...! ¡Castigo para Loella por hablar así!
¡Castigo!

Luz negra, flor venenosa, nido de culebras: eran las palabras misteriosas que usaba siempre que las cosas iban mal. Las cambiaba, las entrelazaba como una especie de fórmula mágica para conjurar la mala suerte.

Cuando estaba contenta usaba otras distintas: 'Luz blanca, flor perfumada, nido de pájaros'... Eran su manera de decir 'gracias' a los poderes benéficos y un ruego para que no la olvidaran. Pero hacía mucho tiempo que no las usaba. Se sentía abandonada porque su madre nunca volvía y ni siquiera escribía. Era terrible pensar que estaba en alta mar, en medio de las tormentas del otoño y la oscuridad del invierno. Podía pasarle alguna desgracia. Siempre estaba preocupada por mamá.

Era casi un alivio convertir su inquietud en rabia, como acababa de hacer. Se liberaba de ella, al menos por un rato.

Volvió a ponerse el reluciente collar. ¡Quedaba tan bonito sobre el jersey verde! Era un collar precioso. Podía decir que sus cuentas eran de coral auténtico, según le explicó mamá en una carta, porque tenían exactamente el mismo color, aunque en realidad era de plástico. Pero a ella no le importaba que fueran o no de coral. ¿Qué más daba?

Debía darse prisa. Ató las ramas con una cuerda, se las echó a la espalda y cogió la cesta con las setas. Entonces empezó a andar rápidamente. Era casi de noche y la lluvia no dejaba de caer.

Ya podía ver la cabaña, allá en el claro, pequeña, gris, agrietada.

Se quedó paralizada en su sitio, con el corazón en la garganta. ¿Qué pasaba?

Había luz en la ventana. ¿Quién sería? Estaba segura de no haber dejado ninguna luz encendida al salir. Ni la lámpara de aceite ni el fuego. Sus hermanitos dormían.

Sintió un estremecimiento de angustia. Echó a andar de nuevo a toda velocidad. Los había dejado solos demasiado tiempo.

¿Pero quién habría encendido la luz?

La llave estaba en la cerradura y ella solía dejarla en una rendija, sobre la puerta. Alguien había estado allí.

Tiró el atado de ramas al suelo y abrió la puerta.

-¡Oh, tía Adina! ¡Eres tú!

-¿Y quién querías que fuera, pequeña?

-No sé... Como dijiste que no podrías venir hasta el sábado porque esperabas visitas... ¿No han ido?

Loella paseó la mirada por la habitación y sus ojos brillaron. Un buen fuego chisporroteaba en la cocina y la lámpara estaba encendida. Olía muy bien.

-Tortitas -dijo, husmeando el aire.

-Sí, llegas a punto. No, por fin mis amigos no fueron a verme. Telefonaron diciendo que con esta lluvia preferían no salir. Y pensé que lo mejor que podía hacer era pasar un rato con mis pequeños.

Y tía Adina se sentó en el sofá para darles sus tortitas a Rudolph y a Conrad.